

MARCELLO SIMONI

LA
MARCA
DEL
INQUISIDOR

Traducción de Montse Triviño



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2018

Título original: *Il marchio dell'inquisitore*

© 2016, Marcello Simoni

© de la traducción, 2018 de Montse Triviño González

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-81-1

CÓDIGO IBIC: FA

DL B-24274-2017

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Et per viam inquisitionis vel investigationis
[...] procedendi.*

Pablo III, *Licet ab initio*, 1542.

¡Era un hombre de acción! Y vos le demostrasteis perfectamente que un homicidio era la única vía para reconciliarse con Dios y él os creyó ciegamente.

Cyrano de Bergerac,
Contre un Jésuite assassin et médisant.

Prólogo

Roma, via del Arco camiliano

18 de diciembre de 1624

Dejó el quinqué sobre el suelo sembrado de aserrín y xilografías descoloridas, mientras observaba las cinco patas de madera que sostenían el plano taraceado y, por encima de este, las traviesas, correas y palancas que formaban el mecanismo de la prensa. Si bien eran muchos los que maldecían aquella clase de artilugio, aquella Babel desde la cual se habían difundido las doctrinas de miles de seguidores de Lutero y Simón el Mago, él nunca lo había considerado un instrumento del diablo.

Y, sin embargo, de allí precisamente asomaban las piernas de la víctima, como si estuvieran a punto de ser devoradas junto al resto del cuerpo.

La escena le recordó a Jonás engullido por el monstruo marino, tal y como lo había visto años atrás en la miniatura de un salterio veneciano. Con la diferencia de que, en aquellas circunstancias, ya nada podía hacerse por el desventurado. El tronco había sido aplastado sin remedio por la platina metálica, bajo el tornillo del tímpano. El alma de aquel pobre desgraciado ya estaba en manos del Señor.

Fray Girolamo Svampa recogió el quinqué y se dirigió al otro extremo de la prensa. No fue la macabra imagen la que lo estremeció, sino más bien una sensación remota, familiar, que lo hizo llevarse una mano hasta la base del cuello. Tal vez fuera el olor de la tinta de agallas, o tal vez el olor aún más penetrante de los aceites con los que se impregnaban los moldes de madera de boj. En realidad, ya no importaba, pensó. Se trataba únicamente de combatir esa sensación, aunque fuera a costa de recurrir al frasco que llevaba oculto en un bolsillo de la capa.

Se concentró de nuevo en el taller, tan oscuro que tuvo la sensación de estar dentro de una cueva, y se dirigió hacia la cabeza del cadáver.

Sobresalía más allá del tímpano, justo hasta el extremo del plano. La punta de la barba apuntaba hacia arriba y la cabeza tonsurada estaba apoyada en el borde. Las facciones fueron apareciendo poco a poco al acercar la luz, pero en cuanto vio la boca, Svampa se olvidó del resto. Movido por quién sabe qué bárbaro impulso, alguien se había tomado la molestia de abrírsele hasta desencajar el hueso, para después rellenarla con páginas impresas.

No todas, sin embargo, habían terminado en el interior de la cavidad. Muchas habían caído al suelo, a los pies de la prensa. Parecían pertenecer a uno o varios librillos del mismo formato y las habían arrancado con tanta prisa como rabia, sin la menor consideración por el papel ni por la encuadernación. Fray Girolamo recogió una de aquellas páginas y, sujetándola por una esquina, la examinó con atención.

Luego se la mostró al mesnadero que esperaba en silencio junto a la entrada.

Cagnolo, que ese era su nombre, sacó una mano de debajo del manto y se colocó bien el ala de fieltro de su sombrero.

–Por el amor de Dios, magíster –dijo, con voz ronca–. Sabéis muy bien que yo no entiendo de letras ni de alfabetos.

Svampa se abstuvo de contestar. Echó un último vistazo a las paredes oscuras, como si quisiera despedirse del Jonás devorado por la prensa, y cruzó la puerta para adentrarse en la gélida noche.

Los copos de aguanieve revoloteaban en el aire. El coche de caballos, que lo había apartado de sus ocupaciones vespertinas en una pequeña iglesia de la campiña romana, lo esperaba a veinte pasos de un arco en ruinas, entre la maraña de edificios vetustos que se encontraban frente al Colegio Romano. Vaciló a la hora de dirigirse hacia el coche y se quedó bajo la luz del candil que colgaba a la entrada del taller. De nuevo, experimentó una sensación de familiaridad, pero la rechazó, molesto. Y, de nuevo, se llevó los dedos a la base del cuello, justo debajo del escapulario de dominico. Como si estuviera hurgando en un pasado repleto de angustias y secretos.

De entre las sombras surgieron los crestones de dos celadas borgoñotas, revelando así la presencia de los soldados de caballería que esperaban sus órdenes. Svampa, sin embargo, los ignoró. Tras volverse hacia la puerta que acababa de cruzar, se dirigió al mesnadero, inmóvil en la acera como si le estuviera guardando las espaldas.

–Ve, Cagnolo –ordenó el inquisidor–. Busca en la calle.

Primera parte

A la caza del hurón

1.

Convento de Santa Maria sopra Minerva

19 de diciembre de 1624

—Conocía a la víctima, sí. —El padre Francesco Capiferrero, secretario del Índice, dejó atrás la penumbra de la columnata y siguió caminando sobre la hierba cubierta de nieve, envuelto en el aire frío de la mañana—. Era fray Pietro Rebiba, consultor del Índice.

Svampa observó la silueta negra del religioso, que se recortaba bajo un cielo de matices ferruginosos, y luego lo siguió. Se encontraban en uno de los dos claustros del convento, entre lunetas con pinturas al fresco que representaban la vida de santa Catalina de Siena y un viejo pozo sobre cuyo borde correteaban varios gorriones. En torno al claustro, se alzaban edificios mucho más recientes, construidos en la época del Concilio de Trento para albergar congregaciones de prelados que habían peregrinado desde todos los rincones de la cristiandad, acompañados por sus intrigas y obsesiones. Al inquisidor casi le parecía escuchar el eco de sus voces, un lamento de almas frustradas bajo aquella apariencia de quietud. *Intra Ecclesiam nulla salus.*

—¿Era un fraile dominico o jesuita? —preguntó, retomando la conversación.

Capiferro se retorció los bigotes, untados con aceite de jazmín, y observó de soslayo a Svampa.

—Dominico, naturalmente. Como vos y como yo.

Fray Girolamo no lo había dado por sentado. La Congregación del Índice, hermana pequeña de la Inquisición, se estaba convirtiendo en terreno de infiltración para la Compañía de Jesús, cosa que no entusiasmaba precisamente a la orden dominica, que conservaba el control. Una guerra subterránea más, que se libraba en los pasillos de San Pedro. Como en cualquier otra iglesia, biblioteca o cofradía religiosa del mundo.

Se limitó a asentir, para no poner en peligro con comentarios innecesarios una relación que aún no había empezado. Esa clase de malentendidos le sucedían con frecuencia, hasta el punto de que se había ganado fama de insensible, cenizo y hostigador. Si bien le traía sin cuidado la mayor parte de la humanidad, estaba obligado a mostrar respeto a quien lucía desde ya hacía nueve años el ilustre y temido título de secretario del Índice.

Siguió observando los edificios, a su alrededor, con la desagradable sensación de que alguien lo estaba espiando. Cabía preguntarse si Capiferro había escogido deliberadamente aquel lugar, para intimidarlo. O para dejar bien claro que, en su opinión, había demasiados mastines del Señor correteando libremente por Roma. Por otro lado, el inquisidor no percibía hostilidad en el padre Capiferro. Siguió caminando a su lado y le concedió el honor de romper el silencio.

El secretario no tardó mucho en aceptar la invitación.

—Antes de adentrarnos en el caso Rebiba —dijo, sin perder tiempo—, permitidme que exprese mi incertidumbre en lo que a vos respecta. O, mejor dicho, en la tarea que se os ha encomendado.

Fray Girolamo arqueó una ceja.

—¿Acaso el maestro del Sacro Palacio no os ha informado?

—Su misiva ha sido cuando menos vaga —confesó Capiferro—. Por si eso fuera poco, todo ha sucedido muy deprisa, en mitad de la noche. Tened paciencia, magister, si me cuesta comprender.

—No he venido para entorpecer vuestros planes —quiso tranquilizarlo, aunque sin parecer demasiado condescendiente—. Es decir —concretó—, que no interferiré.

—Al contrario, ¡espero que lo hagáis!

Con un movimiento gentil, Capiferro hurgó en una manga de su capa y extrajo una pipa de yeso de largo caño, como las que a veces se veían asomar entre la barba de ciertos marineros o viajeros holandeses.

—Vos no sabéis —prosiguió el secretario— lo que significa pasar días y días leyendo informes sobre libelos licenciosos, todos iguales, en los que jactanciosos escritorzuelos ponen a prueba su escaso talento —suspiró—. En fin, después de medio siglo de censura, investigaciones e inspecciones en las fronteras, ¡a eso se reducen las funciones del Índice! Comprenderéis, por tanto, que la llegada de un inquisidor de fuera, nombrado *commissarius* para investigar un delito, suponga para mí una forma de eludir el tedio.

A fray Girolamo no le pasó desapercibida la crítica que aquellas palabras encerraban hacia la Inquisición

romana, que con tal de extender su propia autoridad no tenía el menor escrúpulo en limitar la del Índice. Intuía, sin embargo, algo más tras la sutil ironía del secretario. Se encogió de hombros, en un gesto evasivo.

–Se me ha encomendado una tarea cuando menos insólita, lo admito.

–Insólita es decir poco, querido magíster. Si no me falla la memoria, y es poco probable que eso ocurra, el último *commissarius* fue nombrado hace más de cincuenta años. Desde entonces, las estructuras ordinarias de la Inquisición y del Índice han demostrado ser más que suficientes.

–No me queda otro remedio que daros la razón. Por otro lado, la muerte de Pietro Rebiba excede en demasía lo que vuestra gracia define como «ordinario».

Al oír nombrar al hermano, a Capiferro se le ensombreció el rostro.

–Estoy al corriente de los hechos –dijo, al tiempo que aspiraba una bocanada de humo–. Ha sucedido en el *rione* Pigna, ¿me equivoco? En el taller del impresor Alessandro Zannetti.

–En realidad, el taller pertenece ahora a su mujer y a sus hijos –especificó el inquisidor–, dado que el impresor falleció de enfermedad hace dos días. Mientras se perpetraba el delito, la familia estaba participando en el velatorio en la iglesia de San Marco, también en el *rione* Pigna.

–Por tanto, ¿no hay ningún testigo?

–Ni un solo criado ni aprendiz, según parece. Los familiares de Zannetti fueron los primeros en tropezarse con el cadáver. Cuando volvían a casa de las exequias,

justo después del anochecer, encontraron abierta la entrada del taller que se encuentra junto a su vivienda. Pensando que se trataba de un robo, entraron de inmediato.

–¿Tenéis ya alguna sospecha?

–¿Sospecha? –repitió Svampa, con un tono de sarcasmo en la voz.

Se acercó al pozo, mientras se preguntaba si era inteligente expresar en voz alta una opinión que, en el transcurso de los años, le había procurado no pocas disputas. Por otro lado, su peor defecto era el orgullo, además de la necesidad de recordarle constantemente, a quien fuera, que él estaba muy por encima del entendimiento común.

–La sospecha es por definición una *dubitatio incerta* –decretó–, es decir, un error que se basa en la intolerancia, la torpeza y los estereotipos. Una contradicción en términos, de hecho, que ninguna autoridad debería tomar en consideración a menos que sea para proferir estupideces.

Francesco Capiferro, con la pipa en los labios, contempló extasiado el repentino vuelo de los gorriones.

–Por tanto –concluyó, en tono burlón–, además de tratar de ignorante a todo magíster del Santo Oficio, arrojáis por la borda las reglas sobre la sospecha y sobre la *investigatio* que suscribe su santidad Pablo III.

–Que los demás sean ciegos –replicó Svampa, eludiendo la pregunta– no significa que yo tenga que vendarme los ojos como hacen ellos.

–¿No creéis, pues, en la infalibilidad de la Iglesia?

–Creo en las palabras de santo Tomás de Aquino,

según el cual juzgar basándose en una sospecha supone pecado mortal.

El secretario pareció dividido entre la admiración y el deseo de objetar.

–Suponiendo que estéis en lo cierto –se limitó a decir–, ¿cómo pensáis conducir la investigación?

El inquisidor se apoyó en el borde de la boca de piedra, atraído por la oscuridad del aljibe. La misma oscuridad que había encontrado en el taller de Zannetti y que ya se le había empezado a extender por el alma.

–Recurriendo al método del hurón –respondió.

–¿Es decir...?

–El hurón –repitió, como si hubiera acabado de expresar algo obvio–. Los antiguos cazadores se servían de ese animal para obligar a los conejos a abandonar sus madrigueras y conducirlos hacia una red. Pues bien, en nuestro caso la madriguera del conejo consiste en el conjunto de los hechos relacionados con el crimen. Quien quiera estudiarlos a conciencia, tendrá que adentrarse en ellos, igual que el hurón en el refugio de la presa, con el fin de sacar a la luz nombres, indicios y posibles móviles. Escuchad bien lo que he dicho, padre: me refiero a hechos objetivos e inalterables. Congelados en el instante, por así decirlo.

A los labios del secretario afloró una sonrisita escéptica.

–A menos que deseéis que Bernardo Gui y compañía se revuelvan en su tumba, tendréis que interrogar también a alguien.

–Las personas son accidentes necesarios –minimizó fray Girolamo–. Hay que recurrir a ellas, es obvio, pero

en lo que a mí respecta, eso es algo que conviene realizar siempre con la máxima cautela. Con sus divagaciones, sus antipatías y sus prejuicios, las personas tienden a contaminar nuestros pensamientos, a mentir, a alejarnos de la visión de conjunto. Y la mayor parte de las veces, se revelan inútiles en tanto que sospechosos.

–Cualquiera que os escuche, pensará que la verdad existe únicamente más allá del mundo tangible.

–Del mundo presente, para ser más exactos. –Svampa agitó las manos para alejar los efluvios del tabaco. Los olores fuertes le provocaban náuseas, sobre todo cuando acababa de despertarse–. La verdad absoluta reside únicamente en lo que ya ha sucedido, o bien en los sucesos permanentes e inmutables del pasado. Se trata de una dimensión absoluta y definitiva, como la palabra de Dios. Bastará analizarla, aislándolos del imprevisible fluir que nos rodea y, siempre que nuestro análisis haya sido preciso, conseguiremos resolver el crimen.

–Entonces, volvamos al crimen –lo invitó Capiferro, al tiempo que se acercaba a un banco de piedra en los límites del claustro. Barrió la nieve con un faldón de la capa y se sentó–. Crimen de una barbarie inaudita, sin la menor duda, por mucho que a simple vista carezca de una marca herética que justifique la intervención de un *inquisitor commissarius*.

Fray Girolamo permaneció en pie ante él.

–No diríais lo mismo si conocierais el contenido de las páginas.

–¿Las que se encontraron en la boca de la víctima?

–No solo en la boca. –Svampa recordó la escena de aquella noche, aguijoneado por la sensación de que

se le estaba escapando un elemento fundamental-. La suerte quiso que uno de los esbirros a los que llamaron los Zannetti fuese capaz de leer y alertar a la autoridad pontificia. En cuestión de pocas horas, el maestro del Sacro Palacio tomó nota de la situación y, de común acuerdo con las venerables eminencias de la Inquisición, decidió recurrir a mi experiencia.

-Y exactamente, ¿de qué experiencia se trata?

-Permitidme que sea yo quien haga las preguntas -lo interrumpió fray Girolamo, a riesgo de irritarlo-. Si esta noche he decidido hospedarme en Santa Maria sopra Minerva no ha sido ni por casualidad ni por capricho. Necesito vuestra ayuda.

-Será un honor para mí -replicó el secretario, irónicamente-. ¿Querréis que os acompañe a la madriguera del conejo?

-Os he elegido por el papel que representáis -concretó Svampa, pasando por alto el tono mordaz-. Ejerceréis de lente, a fin de que yo pueda comprender mejor algunos aspectos del caso. Por ejemplo, las tareas que desempeñaba Pietro Rebiba.

Francesco Capiferro esperó a que el toque de tercia se difundiera desde el campanario de Santa Maria sopra Minerva a todos los bronces de Roma y llenara el aire con sus vibraciones.

-Fray Rebiba -respondió entonces, mientras se apartaba la pipa de la boca- era miembro de la Congregación del Índice y estaba a mis órdenes directas. Eso, sin embargo, ya lo sabéis. Para ser más precisos, era un consultor. Dicho de otro modo, uno de los eruditos encargados de analizar y valorar el contenido de cada

uno de los libros sometidos al control del Índice con el fin de impedir la divulgación de textos heréticos, blasfemos o inmorales. Podríamos definirlo como un agente de la censura.

–¿Estáis al corriente de lo que estaba leyendo en el momento de su muerte?

–Las mismas patrañas de siempre, supongo. –En el rostro de Capiferro apareció una expresión de impaciencia–. Con el control sistemático de las fronteras y de los librereros, hoy en día es raro toparse con material calvinista, luterano o relacionado con la magia. Después de que Giordano Bruno fuese condenado a morir en la hoguera, los casos comparables a Copérnico o a Galileo son muy pocos, sinceramente. Sobre todo, lo que nos da más trabajo son los libelos obscenos sobre los que os hablaba hace un momento, además de algún tratado académico o jurídico de corte subversivo. La pila, sin embargo, resulta enorme. No hablamos únicamente de textos impresos o a la espera de recibir el imprimátur, sino también de composiciones teatrales o musicales, almanaques, opúsculos, manifiestos y muchos, muchos manuscritos cuya circulación es prácticamente imposible controlar. Ante un maremagno de esas dimensiones, un solo individuo no puede, desde luego, tener presentes todos los títulos que llegan a las salas del Índice. Ni siquiera, lo admito, alguien que posea mi formidable memoria –dijo, con una sonrisa enigmática–. Y de ahí que, lo mismo que los demás consultores, fray Rebiba estuviera obligado a presentar una relación mensual de todo lo que leía. Precisamente, estaba yo esperando la última cuando... –Se interrumpió de golpe y una expre-

sión de desconcierto centelleó en su mirada—. ¿Creéis tal vez que su muerte tiene que ver con un libro?

A Svampa se le ensombreció el rostro.

—Eso tendréis que juzgarlo vos.

—¿Basándome en qué, decidme?

—En vuestros conocimientos. Que os convierten en la persona idónea para interpretar el contenido de las hojas halladas en el lugar de los hechos. —Rebuscó bajo la capa y extrajo un pliego de páginas atadas con cordel—. Las hemos recogido para vos.

—Oh, un regalo inesperado —dijo Capiferro. Sin pedir permiso, las cogió y procedió a hojearlas—. Diría que pertenecen a algún opúsculo de contenido libertino —murmuró, para después alzar la voz—. Un clásico, si se me permite decirlo. El *libertinage érudit* cunde entre los intocables de la nobleza y del clero romano, sobre todo entre aquellos que están en contacto con los pensadores del otro lado de los Alpes.

—Volvamos a las páginas —lo invitó el inquisidor.

—Papel ordinario, tinta de pésima calidad... —prosiguió el secretario, que parecía cada vez más interesado. La pena por Rebiba, si es que había experimentado tal cosa, ya había caído en el olvido—. El texto es tosco, repleto de citas anticlericales. —Apartó un par de páginas y se las mostró—. Aquí, por ejemplo, hay una referencia a *El cortesano* de Baltasar Castiglione, censurado hace unos cuantos años. Y aquí se menciona al luterano Pier Paolo Vergerio, seguido inmediatamente, fijaos bien, de una obscenidad de las gordas, «La plegaria corta y la salchicha larga», que se acerca bastante al estilo de los proverbios del libertino alemán Bebel.

Si bien fray Girolamo no estaba acostumbrado a experimentar asombro, se dio cuenta de que sentía admiración.

—¡Una memoria prodigiosa!

Francesco Capiferro lo observó, complacido. No será el del hurón, decía su mirada, pero yo también tengo mi propio método. Un instante más tarde, se concentró de nuevo en analizar el pliego. Arrugó la frente.

—¿Habéis topado con algo destacable? —preguntó el inquisidor, al ver que el secretario se detenía en una página ilustrada.

—Con algo extremadamente sugerente, me atrevería a decir —admitió el secretario, al tiempo que le mostraba el objeto de su interés—. Una impresión muy estropeada, realizada probablemente con un molde de madera de cerezo. Se reconocen las marcas que ha dejado la nervadura de la madera. ¡Mirad!

El inquisidor examinó la página, presa de una discreta perplejidad. Se trataba de un grabado a mitad de página que representaba una extraña danza macabra. La Muerte, madre de la peste, de la putrefacción y de cualquier otro delirio horrendo, aparecía tres veces con el semblante de un cadáver. Y con aquel rostro tres veces sarcástico, como si quisiera escarnecer las virtudes humanas, irrumpía en el taller de un impresor para atentar contra librereros y tipógrafos. Uno de los cuales, precisamente, estaba ocupado manejando una prensa.

—¿Creéis que podría tratarse de un indicio?

El secretario aspiró una bocanada de humo.

—Dadme un poco de tiempo, por la noche podré ser un poco más convincente.

–Muy bien, reverendo padre. Mientras tanto, os solicito permiso para registrar la vivienda de fray Rebiba y también el lugar en el que desarrollaba sus tareas de consultor.

Francesco Capiferro seguía con la vista clavada en el grabado.

–La primera se encuentra aquí, en el convento de Santa Maria sopra Minerva –le reveló–. El segundo, en cambio, dentro de los muros del Vaticano, en el palacio del Santo Oficio.